

Solemnidad de Todos los Santos (Ciclo B)

POR FRANCISCO JAVIER SANZOL DÍEZ

“Estad alegres y contentos” (Mt 5, 12a)

Para tu reflexión

A lo largo del año litúrgico la Iglesia conmemora a numerosos santos de toda época y condición, pero son muchos más los que han sido e innumerables los que habitan en el cielo pero cuyos

nombres permanecen desconocidos para nosotros. En este día celebramos a todos esos hombres y mujeres que gozan =para siempre de la bienaventuranza, y acudimos a su poderosa

intercesión ante Dios, al tiempo que recordamos que también nosotros estamos llamados a la santidad que ellos han alcanzado.

La celebración de todos los Santos, nos lleva a considerar una verdad gozosa de nuestra fe: la Comunión de los Santos. En la Iglesia hay una comunicación de gracias, de

favores, nos ayudamos unos a otros en el camino hacia la meta, hacia la santidad. Comprobamos que los santos del cielo, no fueron unos superhombres, sino personas corrientes,

con defectos y miserias, que caían y se levantaban, que lucharon hasta el final, que se santificaron la mayoría en la vida ordinaria: trabajo, familia. En los santos del cielo

encontramos personas de toda condición; en la primera Lectura hemos escuchado: “una muchedumbre inmensa de toda nación, raza pueblo y lengua”. El Concilio Vaticano II

ha recogido –como mensaje nuclear–, la llamada universal a la santidad.

El recuerdo de nuestros hermanos que gozan enteramente de la Santísima Trinidad, nos espolea a nosotros a no olvidar que tenemos una meta, que es la santidad, que

es posible ser santos; que la santidad es un don recibido en el Bautismo, y al mismo tiempo una tarea, que abarca toda la vida y que se forja día a día.

El Evangelio nos señala el camino para alcanzar la santidad: la Bienaventuranzas. Meditemos frecuentemente en el contenido de las Bienaventuranzas. Nos ayudará a purificar

nuestro corazón y a buscar el amor a Dios y al prójimo por encima de todo; también nos ayudará a darnos cuenta que la verdadera felicidad no reside ni en la riqueza o el bienestar,

ni en la gloria humana o el poder, sino solo en Dios fuente de todo bien y de todo amor. Nos ayudará a ser en el mundo sembradores de paz y de alegría.